



## *EL JARDÍN DE MARCELA DE SAN FÉLIX, LA HIJA POETA DE LOPE DE VEGA*

por  
María Isabel Barbeito Carneiro

(Conferencia pronunciada el 20 de marzo de 2007, dentro del Ciclo de Conferencias *Parques y Jardines Madrileños*, 2ª parte, en el Museo de San Isidro (llamado ahora Museo de la Ciudad).

∞∞∞∞

Desde hace treinta años e incontables horas, intento aproximarme a un limitado espacio temporal de la historiografía femenina; y cada vez me convengo más de lo poco que sé. ¿Cómo puedo atreverme a participar en este ciclo que cuenta con especialistas brillantísimos? Les aseguro que no era mi intención hacerlo; el pedir que me incorporaran, fuera de plazo, obedeció a mi cariño por Georgina Sabat-Rivers, espoleado ante las tristes noticias que recibía sobre su estado de salud. Tal fue la motivación que inspiró este modesto trabajo, especie de amalgama que me han ido sugiriendo diversas fuentes, con el pensamiento puesto en Georgina, en Marcela de San Félix y en las Trinitarias Descalzas de San Ildefonso, vulgo “Lope de Vega”, las cuales conservan el Jardín al que cantó su mejor poeta. Y para que el homenaje sea más completo, cuando esta conferencia se imprima, podrán leer en sendos apéndices el romance de 164 versos con que cantó Marcela al jardín de su convento así como el comentario de la sobresaliente hispanista, muestra evidente de sus profundos conocimientos literarios y delicada percepción espiritual.

**Marcela de San Félix**, hija del Fénix de los Ingenios Lope de Vega y de la cómica Micaela de Luján, vino al mundo en Toledo<sup>1</sup> el mes de las flores del año 1605. Si en su partida de bautismo consta como “hija de padres no conocidos”, se debe a que por entonces aún vivía la esposa legítima de su padre, Juana Guardo. Las veleidades de éste y el temor a los riesgos presumibles en un marido, la decidieron por el Esposo divino, aún no cumplidos los dieciséis años<sup>2</sup>. Tomó el hábito a 28 de febrero de 1621; profesó al año siguiente<sup>3</sup>. Paradójicamente, Marcela gozó espacios ilimitados de libertad, dentro de los reducidos límites de su convento. Monja por convicción y poeta vocacional en sucesiva trayectoria ascendente, el 9 de marzo de 1687, a punto de cumplir los 82 años, abandonó la cárcel de su cuerpo marchito para perpetuar la lozanía de su espíritu en la Fuente de la Vida.

Georgina Sabat-Rivers y Electa Arenal, ambas profesoras norteamericanas, hicieron una magnífica edición de sus obras completas en 1988<sup>4</sup>, lo que contribuyó de manera decisiva a la difusión internacional de la hija poeta del Fénix. Pocos años antes, en 1982, la que se dirige ahora a ustedes publicaba un artículo en torno a esta singular trinitaria, sencillo y breve, pero cuidado con el mimo de todo trabajo primerizo<sup>5</sup>. Más tarde, en 1986, Marcela de San Félix quedó incorporada a mi tesis sobre escritoras madrileñas<sup>6</sup>. A estos “escarceos” debo el haber entrado en contacto con ambas autoras y también la amistad que nos une.

Pero volvamos a los expansivos límites conventuales de Sor Marcela. El teatro, en su caso para círculos cerrados, fue uno de los espacios de libertad que desarrolló en

---

<sup>1</sup> Ella misma testifica “ser originaria de la ciudad de Toledo [...]; y que es hija de Lope de Vega Carpio y de Doña Micaela de Luxán [...]”. (En: *Proceso de la vida, milagros y heroicas virtudes del venerable siervo de Dios fray Juan Falconi de Bustamante, del O. de Ntra. Señora de la Merced ...*, Declaraciones, fol. 506. He tenido ocasión de consultarlo personalmente en la Curia Provincial de Castilla, de dicha Orden).

<sup>2</sup> La reciente y magnífica exposición *clausuras* dio a conocer de modo relevante el retrato de una jovencísima y cautivadora religiosa trinitaria. Se desconocen autor y fecha, pero es evidente que pertenece al primer tercio del S. XVII. Considero muy válida la hipótesis de que pueda representar a la hija predilecta de Lope. Sus rasgos fisonómicos y los dos libros que la acompañan, con mayor carga significativa aquel en que apoya la mano derecha, son indicios que se me antojan reveladores. En realidad, todo lo que conocemos en torno a ella, incluida la propia descripción de su padre, permiten aceptar tal identificación.

<sup>3</sup> Según consta en el *Libro en que se asientan los nombres de las que toman el Ábito y aßen profesión en este combento de Religiosas Descalzas del Orden de la Sma. Trinidad*, p. 12, donde se la identifica como “ija de Lope de Vega Carpio, natural de Madrid, y de doña M. de Luján”. (Este libro manuscrito, vigente y aún sin concluir, se custodia en el Archivo del Convento).

<sup>4</sup> Bajo el título de *Literatura Conventual Femenina: SOR MARCELA DE SAN FELIX, hija de Lope de Vega. Obra completa*. Barcelona, Ediciones 3 (\*\*\*) PPU.

<sup>5</sup> “La ingeniosa provisoría Sor Marcela de Vega”, *Cuadernos Bibliográficos*, 44 (1982), pp. 59-70.

<sup>6</sup> *Escritoras madrileñas del siglo XVII (Estudio bibliográfico-crítico)*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 2 vols.

la vida religiosa, entendida como una exigencia de servir a sus hermanas con los talentos de que había sido dotada. Y así, además de cumplir celosamente los distintos oficios que le fueron encomendados: refitolera (encargada del refectorio o comedor), provisor (o ecónoma), maestra de novicias, prelada, etc., deleitó a la Comunidad con frecuentes recreaciones de mayor o menor enjundia, según lo requerían las circunstancias, en las que volcaba lo mejor de sí misma. Parte de ese acervo literario ha llegado a nosotros en un tomo manuscrito que custodian las Trinitarias del Monasterio de San Ildefonso. Hay que lamentar la destrucción de otros volúmenes, a instancias de su confesor, al que no sabemos si tachar de ignorante, fanático, machista, o... ¡Quién sabe lo que mueve en ocasiones al ser humano!

Lo cierto es que Marcela poetizó dentro del entorno conventual lo profano y lo religioso, lo animado y lo inanimado; unas veces, desde su chispeante humor; otras, desde el más acendrado lirismo y elevada espiritualidad. Y también cantó al *hortus conclusus*, o jardín, de su convento; pero con una mirada integral, que le permitía embelesarse contemplando a la divinidad en la naturaleza, al creador en lo creado; remontarse hacia espacios infinitos, que trascendían con mucho del cerco monástico.

### **El jardín de las Trinitarias Descalzas de Madrid.**

Comienzo este apartado con un párrafo insuperable de Carmen Añón Feliú, cuya especialización en la temática que nos ocupa brilla con luz propia, como muchos de ustedes han podido y podrán comprobar a lo largo de este ciclo sobre *Parques y Jardines Madrileños*:

El claustro es el centro de la vida monástica, el corazón del convento. En el universo de este jardín está todo el simbolismo de una forma especial de entender y trascender la vida religiosa. Desde el refugio ascético de los primeros eremitas a la vida reglada de las órdenes monásticas, la relación que la religión cristiana establece con la naturaleza es una superposición de mitos y simbolismos sagrados y profanos que hacen referencia a ella y a la esencia del jardín.<sup>7</sup>

Respecto al jardín que poetizó Marcela de San Félix, pertenecía obviamente al susodicho Convento de Trinitarias donde había profesado, que se encontraba en el

---

<sup>7</sup> En “El claustro: jardín místico-litúrgico”, *El lenguaje oculto del jardín: jardín y metáfora*. Madrid, Editorial Complutense, 1996 (Cursos de Verano de El Escorial).

actual emplazamiento<sup>8</sup> de la calle denominada por entonces de Cantarranas y ahora de Lope de Vega, como puede comprobarse en la *Toponimia Madrileña* de nuestro eminente compañero Luis Miguel Aparisi Laporta<sup>9</sup>. Se había fundado en 1612. De 1639 a 1641 la Comunidad se trasladó a la plazuela de la Cebada; pero no consiguieron adaptarse y de nuevo regresaron al antiguo convento. El beneplácito de la Providencia se puso de manifiesto con el ingreso de una viuda rica, merced a la cual pudieron realizar diversas obras en beneficio de la vida monástica, como fue la habilitación de celdas independientes.

El Marqués de Molíns fija el romance que nos ocupa hacia 1631<sup>10</sup>. Las monjas vivían por entonces semi-hacinadas. En proporción inversa, el jardín era muy espacioso, según evidencia un plano del recinto monástico reproducido por el mismo autor.<sup>11</sup>

Es presumible que Marcela de San Félix sólo destacara las plantas con mayor significado para ella; y que de los árboles citados en singular hubiera más de uno. En cualquier caso, su poema confirma la existencia de árboles copudos, un cinamomo, un ciprés, un olivo, una higuera, parras, una mosqueta, retama, hiedra, albahaca, hierba de Santa María, hierba doncella, ortigas, ajenjos, girasoles, rosales, jazmines, claveles, clavelones, clavellinas, manutisas, violetas, azucenas, lirios y alhelíes.

¿Qué suponía todo este cúmulo de vegetación para la Comunidad? Obviamente, su solaz espiritual; pero también una fuente de salud física, mediante la elaboración de remedios curativos para diversos males, aplicando lo que hoy conocemos como medicina natural. No parece haber testimonios escritos que confirmen tal aprovechamiento, como tampoco los hay de las comidas que hacían; pero ello no indica su inexistencia.

En 1555, había salido a la luz un libro de gran repercusión por las soluciones terapéuticas que proponía: *Pedacio Dioscorides Anarzabeo, acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos. Traducido de lengua Griega, en la vulgar castellana, ilustrado con claras y substantiales Anotaciones, y con las figuras de*

---

<sup>8</sup> Vs. *El convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid y la vida de Sor Marcela*. Ed. de Susan SMITH. Madrid, Real Academia Española, 2001, especialmente págs. 42-45..

<sup>9</sup> Edic.1997, I, p. 643.

<sup>10</sup> Se basa en la fuente sin agua a que alude Marcela: “La dotación de agua fue adquirida en 1632, en 25 de mayo, como consta en el archivo del Ayuntamiento. Si la fuente estaba ya hecha, o todavía seca, el romance será de 1631, poco más o menos”. (En *La Sepultura de Miguel de Cervantes*. Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1870, p. 127).

<sup>11</sup> En ibídem, se inserta al final del libro “Plano del Convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid”. El jardín está señalado con el nº 30.

*innúmeras plantas exquisitas y raras, por el Doctor Andrés de Laguna, Médico de Julio III Pont. Máx.*

Esta primera edición castellana <sup>12</sup>, bellísima por cierto, que he consultado con unción, se hizo en Amberes, en la Imprenta de Iuan Latio. Nuestro prestigioso compañero del Instituto Alfredo Alvar intervino eficazmente en una encomiable edición facsímil, que salió en Madrid el año 1991<sup>13</sup>, a la que antepuso un primer volumen complementario con estudios de Manuel Alvar, Pedro Laín Entralgo, Rafael Alvarado y el propio Alfredo Alvar.

**Dioscórides Pedáneo**, médico naturalista griego de la segunda mitad del siglo I d.C., se supone que nació en Anazarbo (Cilicia). Viajó por la Galia, España, Egipto y, al parecer, también por la Dacia. Su obra *De materia médica* utiliza como fuente fundamental a Cratevas, contemporáneo de Hipócrates.

El Doctor **Andrés de Laguna** vino al mundo en Segovia hacia los años 1510-1511. Cursó estudios en París y en la Universidad de Salamanca, donde llegó a ser Catedrático. En 1539 se encuentra en Toledo. Formaba parte del equipo médico que atendía a la Emperatriz Isabel de Portugal, cuando se produjo el desventurado parto que le acarreó la muerte. Fuera o no por este motivo, lo cierto es que se ausenta de España en 1540. Desarrolla su vida entre Metz, Colonia y Bolonia, en cuya Universidad obtiene el doctorado (1545), lo que hubiera sido imposible en nuestra península por su origen converso. Ese mismo año Paulo III lo nombra *Miles Sancti Petri*; Julio III, en 1551, Médico de honor. De regreso a España, se sabe que falleció el 28 de diciembre de 1559; pero se ignora dónde. Algo que quizás convenga resaltar en él, a efectos de su formación profesional, es el profundo conocimiento de Galeno (131-210 d.C.), médico griego que, como es bien sabido, sigue en importancia a Hipócrates (460-c. 377 a. J.C.), “Padre de la Medicina”.

Tras la muerte del Dr. Laguna, salieron tres ediciones en Salamanca de las prensas de Mathías Gast (1563, 1566 y 1570); otra, también en Salamanca, en 1586; dentro del siglo XVII, cuatro en Valencia (1636, 1651, 1677, 1695) y una en Madrid (1673). Del unánime prestigio que mereció el contenido de la “co-producción” Dioscórides-Laguna habla elocuentemente el *Tesoro de la Lengua Castellana o*

---

<sup>12</sup> En Madrid, la Biblioteca Nacional y la UCM (“Marqués de Valdecilla”) poseen sendos ejemplares.

<sup>13</sup> Publicada por la Consejería de Agricultura y Cooperación de la Comunidad, Secretaría General Técnica.

*Española*, de Sebastián de Cobarruvias (1611)<sup>14</sup>, con las sucesivas referencias a ambos doctores, como fuente fidedigna en la materia. Lo cual permite intuir que gran parte de los remedios aplicados por entonces se apoyaban en esta obra, cuya pervivencia en el siglo XVIII pone de manifiesto la edición de 1733, en dos volúmenes, del Médico de Cámara de Felipe V, Francisco Suárez de Ribera -ampliada con sus propios comentarios- que dedicó al monarca y a la reina Isabel de Farnesio. Según reconocía en 1990 el ilustre médico Pedro Laín Entralgo, “multitud de los remedios y de las indicaciones terapéuticas que mencionan Dioscórides en su texto original y Laguna en sus anotaciones han perdido toda vigencia a partir del siglo XVIII; pero no son pocos los utilizados hasta nuestro siglo [...]”<sup>15</sup>. Doy fe de que así es, tras consultar algunas obras divulgativas publicadas recientemente, que me han facilitado seguidores de la medicina natural cada vez más en auge.

Pues bien, en apoyo de la obra de Dioscórides-Laguna, regresamos al jardín de las Madres Trinitarias para comprobar cómo las plantas de que disponían, debidamente elaboradas, permitían el tratamiento de múltiples dolencias.

Lo mismo que ahora, las recetas se correspondían con diversas presentaciones: pastillas, tisanas, cataplasmas, emplastos, ungüentos, etc.

Así, con respecto a los aromáticos y bellos **cinamomos**, abundantes en la jardinería madrileña<sup>16</sup>, se dice: “mézclanse en los ungüentos preciosos, y universalmente aprovechan para infinitas cosas; para conservarlos más largo tiempo, los muelen, y molidos los hacen pastillas con vino y, después de secos a la sombra, los guardan”<sup>17</sup>.

El estilizado y bello **ciprés**, no obstante sus connotaciones de muerte, ofrece múltiples soluciones para dar vida:

Sus hojas bebidas con vino paso y con un poco de mirra, refrenan los humores que destilan a la vejiga y son útiles a la retención de la orina. Sus nueces molidas y bebidas con vino aprovechan a los que arrancan sangre del pecho, a la

---

<sup>14</sup> En lo sucesivo se cita por COBARRUVIAS.

<sup>15</sup> “Andrés Laguna y la medicina del Renacimiento” (En la edición facsímil de 1991, a que acabo de hacer referencia, vol. I (Estudios), p. 64).

<sup>16</sup> “Melía, agriaz, cinamomo. [...] Se cultiva en España desde el siglo XVI”. (Vs. Antonio LÓPEZ LILLO: *Árboles de Madrid*. Madrid, Ediciones Mundi-Prensa / Consejería de Medio Ambiente, 2000, pp. 142-143).

<sup>17</sup> En la obra de Dioscorides-Laguna, cuyo título completo hemos dado, Libro I, capítulo 13. En lo sucesivo, Libro (L<sup>o</sup>), y capítulo (Cap.) se citarán junto a los textos. He seguido la edic. de 1566, tras un cotejo con la de 1555. Al igual que en los demás textos reproducidos, actualizo la ortografía, aun cuando respete algún vocablo por su gracejo y aproximación contextual.

disentería, a cualquier flujo de vientre, que procede de flaqueza de estómago, al asma y finalmente a la tos. Su cocimiento sirve a las mismas cosas<sup>18</sup>. Majadas con higos secos, ablandan las durezas y sanan los pólipos que se engendran dentro de las narices. Cocidas en vinagre y majadas con altramuces, extirpan las uñas sarnosas. (L° I, Cap. 82)

En cuanto al fruto del **olivo**, las aceitunas, tres capítulos cuentan sus bondades profilácticas y curativas. En el Libro I, Cap. 117. “De las aceitunas saladas y conservadas en escabeche o adobo”, se dice:

Las aceitunas conservadas en escabeche (llámanlas *colymbadas* los griegos), si se aplican majadas, no dejan levantarse vejigas en las quemaduras del fuego y mundifican las llagas sucias. Su salmuera comprime las encías y confirma los dientes que se andan, si se enjuagan con ella [...].

En los capítulos 118 y 120 abunda Dioscórides en lo beneficiosas que son para la boca. Dice así “de la amurca de las aceitunas” (Cap. 120):

La amurca es la hez de la aceituna exprimida, la cual, cocida en un vaso de cobre hasta que se haga espesa como la miel, es constrictiva [...]. Demás desto, es muy útil al dolor de los dientes y a las frescas heridas, aplicada con vinagre o con vino simple [...]. Métese en las medicinas útiles a los ojos [...]. La caliente fomentación de la fresca y por cocer, mitiga el dolor de la gota y de las juntas. Untado un pellejo con ella y aplicado al vientre de los hidrópicos, les deshinchá.<sup>19</sup>

Con respecto a la **higuera**, la medicina naturalista actual coincide con Dioscórides y Laguna en reconocer la eficacia de sus frutos como purgante<sup>20</sup>:

[...]. Los higos frescos relajan el vientre, purgan las arenas de los riñones, dan mucho mantenimiento al cuerpo y engórdanle [...]. Los higos secos tienen la misma facultad de purgar, empero más remisa; son lenitivos y pectorales, por donde convienen mucho a la tos; y dan al cuerpo no tanto mantenimiento como los frescos, aunque harto más firme y sólido. [...] (L° I, Cap. 145)

---

<sup>18</sup> Actualmente, se utiliza “el aceite esencial en preparados terminados para friegas e inhalaciones de tos, tos ferina y asma.” (Dieter PODLECH: *Gran Guía de la Naturaleza. Plantas medicinales*. Madrid, Editorial Everest, 1990, p. 202).- En adelante, se cita por PODLECH.

<sup>19</sup> En la “Anotación” complementaria de Laguna leemos algo que se sigue practicando para la elaboración de las aceitunas aliñadas: “Solían antiguamente, no con hierro sino con algunas cañas agudas, sarjar (sic por sajar) en tres o cuatro partes las aceitunas, que querían conservar en adobo, para que más perfectamente bebiesen la sal y el vinagre, lo cual aún hoy en algunas partes se observa.”

<sup>20</sup> Vs. PODLECH, p. 118).

Las **parras** no sólo proporcionan sombras deleitables y sabrosos frutos, cuya elaboración embriaga doblemente. Gozan además de propiedades curativas, que nuestros antepasados supieron aprovechar. Dioscórides dedica nueve capítulos a la vid y sus derivaciones, dando a conocer cómo

las hojas de las vides majadas con sus pámpanos y aplicadas en forma de emplasto mitigan los dolores de la cabeza; y, aplicándose con polenta<sup>21</sup>, tiemplan la inflamación y el ardor del estómago. Lo mismo hacen aplicadas por sí solas las hojas, por cuanto son frías juntamente y estípticas. El zumo de ellas bebido sirve a los disentéricos, a los que escupen sangre, a los flacos de estómago [...]. La lágrima que de la vid destila y a manera de goma suele cuajarse en sus troncos, bebida con vino, extermina la piedra [...]. La ceniza de los sarmientos y del orujo, aplicada con vinagre, sana las verrugas gruesas [...]. Aplicándose con aceite rosado, con ruda y con vinagre, sirve contra las inflamaciones del bazo.

Respecto al vino, la extensa anotación moralizante que incorpora el Dr. Laguna pone de manifiesto su aversión a esta bebida ancestral. Sirva de muestra el siguiente fragmento:

Teniendo intención Dioscórides de tratar, en este presente libro, de todas las especies de vinos [...], comenzó de la vid ordinaria su historia, la cual, no sé si en beneficio nuestro o en gran detrimento y daño, fue traspuesta y cultivada de los mortales. Porque si ponemos en una justa balanza todos los inconvenientes y males que consigo acarrea el vino, y en otra los provechos que de él se sacan, sin duda conoceremos ser sin comparación aquellos mucho más graves y perniciosos que estotros útiles al linaje humano. [...] Muchos ejemplos tenemos de príncipes grandes y valerosos, cuyas heroicas virtudes mucho se oscurecieron por este negro vicio del vino que, sacándoles de sí mismos, les compelió a decir y hacer mil bajezas y cometer infinitas enormidades. [...] Muchos perdieron su ser y estado, y se dejaron vencer de sus enemigos muy amengüadamente, por haber sido primero vencidos del vino, que relaja las fuerzas del cuerpo y debilita la virtud y el vigor del ánimo. [...]. (L<sup>o</sup> V, Cap. 1, De la Vid)

La **Retama** (*spartio*)<sup>22</sup> mantiene su vigencia medicinal; pero, si bien Dioscórides propone sin reservas cómo:

---

<sup>21</sup> Gachas de harina de maíz.

<sup>22</sup> En la anotación correspondiente del Dr. Laguna aclara éste cómo “el *spartio* que aquí nos pinta Dioscórides es aquel que se llama en Latín *genista*, y en España *ginesta* y *retama*”.



[...]. Bebidos con aguamiel cinco óbolos de su fruto y también de sus flores, purgan por arriba con gran vehemencia, como el eléboro<sup>23</sup>, y sin algún peligro; y su fruto relaja el vientre. El zumo de las varillas remojadas en agua, y después majadas y muy bien exprimidas, bebido en ayunas y en cantidad de un cyato (sic)<sup>24</sup>, es remedio a la ciática y a la esquinancia<sup>25</sup>. Algunos las remojan con salmuera, o con agua marina, de la cual después hacen clísteres<sup>26</sup> contra la ciática, porque purga ciertos humores sangrientos y unas como raeduras de tripas.” (L° III, Cap. 159)

Actualmente, se rechaza el uso autoterapéutico de la retama por posibles efectos secundarios nocivos; aunque se aplica en farmacia para medicamentos diuréticos, para los destinados a curar infecciones de las vías urinarias, contra el reuma, artritis, etc.<sup>27</sup>

“De la **Yedra**”, leemos en Dioscórides:

[...] Toda suerte de yedra es aguda y estíptica y ofende notablemente a los nervios. Bebido de sus flores con vino, dos veces al día, cuanto se puede tomar con dos dedos, es útil contra la disentería, y aplicada con ceroto (= cerato) en forma de emplasto, sana las quemaduras del fuego. Sus hojas tiernas cocidas con vinagre, o majadas así crudas con pan, y aplicadas, curan las indisposiciones del bazo. Instílese por las narices el zumo de sus hojas y de su grana, con el unguento irino<sup>28</sup>, o con nitro o con miel; y aprovecha mucho a los antiguos dolores de la cabeza. Aplícase también a la frente con vinagre y aceite rosado, para el mismo efecto. Instilado con aceite dentro de los oídos que duelen o manan materia, los sana. [...]”. (L° II, Cap. 170)

A la yedra, asociada con otros ingredientes, se le asignan múltiples aplicaciones. Actualmente, puede servir de ejemplo la obra de Raymond Dextreit<sup>29</sup> *Nuevo tratado de medicina natural*, en la que encontramos indizadas veinticinco páginas correspondientes a otras tantas aplicaciones.

---

<sup>23</sup> En COBARRUVIAS: “[...] En castellano se llama urdegambre, y por otro nombre yerba de ballesteros. Tiene virtud admirable para curar los humores melancólicos [...]”.

<sup>24</sup> Del latín cyäthus = copa.

<sup>25</sup> En desuso. Inflamación de las amígdalas. (Vid. DRAE)

<sup>26</sup> Clister = enema.

<sup>27</sup> Vid. PODLECH, p. 42

<sup>28</sup> En *Diccionario de Autoridades*: “Adjetivo que se aplica al unguento o confección formada de la planta iris”. Remite a Lag. Diosc., L° I, Cap. 52.

<sup>29</sup> Raymond DEXTREIT y Michel ABEHSERA: *Nuevo tratado de medicina natural (Nuestra tierra, nuestra cura)*. Madrid, EDAF, 1982.

La **albahaca** (ocimo), continúa aceptándose como remedio para trastornos digestivos, indigestiones y flatulencias<sup>30</sup>. Dioscórides, además, añade otras propiedades, a la vez que alerta sobre el riesgo de posibles efectos secundarios derivados de un uso abusivo:

El ocimo es yerba muy conocida, la cual, comida en gran cantidad, debilita la vista. Es lenitiva del vientre, mueve ventosidades, provoca la orina y acrecienta la leche [...]. Aplicada con flor de harina y aceite rosado y vinagre, en forma de emplasto, es útil a los apostemas calientes de los pulmones y contra las punturas del dragón marino<sup>31</sup> y del alacrán. Mezclada ella sola con vino Chio<sup>32</sup> mitiga el dolor de los ojos. [...] Sorbida por las narices, provoca muchas veces a estornudar; y lo mismo hace la yerba. Empero es menester comprimir los ojos cuando el estornudo venir se siente. [...]

El Dr. Laguna apostilla:

[...] El ocimo es nuestra vulgar albahaca [...]. Hay gran disensión entre Dioscórides, Plinio y Galeno sobre las facultades del ocimo; por donde me parece lo más seguro allegarnos a la opinión de Galeno, el cual dice que la albahaca no se debe dar por la boca [...], empero que se puede aplicar por de fuera [...]. No puedo dejar de maravillarme, cuando veo que ni Dioscórides, ni los otros hicieron alguna mención del suavísimo olor que derrama de sí el albahaca, siendo la principal gracia de ella.<sup>33</sup>

Y ahora ruego que me disculpen un paréntesis para confesarles una debilidad: Como ya he indicado, sigo la edición de 1566 por ser prácticamente un facsímil de la de 1555; pero, por algo más ... Fue objeto de censura inquisitorial y algunas de sus páginas presentan líneas enteras tachadas. Eso me sedujo. ¡Qué vulnerables somos al morbo! ... Pero, como la mayoría de ustedes querrán conocer al menos un ejemplo, esta es la ocasión. Justo después de lo último que les he leído sobre la albahaca, sigue una sucesión de palabras tachadas. Fui a comprobar su contenido en la primera edición de 1555, y he aquí las frases heréticas censuradas: “Siémbrense con maldiciones las albahacas, y —según dice Plinio— crecen muy vistosas con ellas”. (Lº II, Cap. 130)

---

<sup>30</sup> Vid. PODLECH, p. 178.

<sup>31</sup> Pez comestible, que se cría en nuestras costas.

<sup>32</sup> En DIOSCÓRIDES, Lº V, Cap. 7, “Dela natura del vino”: “[...] El Chio es más flojo que todos los susodichos, mantiene asaz, bébese fácilmente, no embeoda tanto, reprime las fluxiones, y es útil en las medicinas que se hacen para los ojos.”

<sup>33</sup> “Yerba y mata conocida [...] por ser su olor tan excelente que puede ser rey de los demás olores [...]”. (Vid. COBARRUVIAS)

Las **ortigas**, esa planta que nos produce casi tanto rechazo como las medusas marinas, mantiene en nuestros días el reconocimiento de sus propiedades terapéuticas.

Según Dioscórides:

Hállanse dos especies de ortiga. [...] Las hojas de entrambas, aplicadas con sal en forma de emplasto, sanan las mordeduras de perros, las llagas sucias, las llenas de corrupción, las malignas y encanceradas, las desencasaduras (= desencajaduras) de miembros, los tolondrones, las sequillas que se hacen tras los oídos, los diviosos y cualquier otro apostema. [...] Majadas y metidas con su zumo dentro de las narices, restañan la sangre que sale de ellas. Incorporadas con mirra y puestas dentro de la natura, provocan el menstruo. Hacen tornar a su lugar la madre salida a fuera; las frescas, solamente en tocarla. [...] Las hojas cocidas con caracoles molifican el vientre, provocan la orina, resuelven ventosidades. Cociéndose con tisana, arrancan los humores del pecho. Bebidas con un poco de mirra, provocan el menstruo. Su zumo, administrado en forma de gargarismo, reprime la inflamación de la campanilla. (L° IV, Cap. 95)

En nuestros días, se siguen utilizando las dos clases de ortigas como diurético, remedios para hemorragias y en preparados medicinales contra la arteriosclerosis, reuma, enfermedades renales, etc<sup>34</sup>.

En cuanto a los **ajenjos**, cuyas variedades recoge Dioscórides bajo la denominación de *absinthios* (L° III, Caps. 24, 25 y 26), dice el Dr.Laguna:

[...] Son todos los *axenxios* (= ajenjos) amargos, y así tienen virtud de matar las lombrices y de purgar los humores coléricos por cámara y orina; empero no aprovecha nada a la flema contenida en el vientre o en los pulmones, por cuanto en ellos el amargor sobrepuja la estipticidad [...]. Son muy amigos del hígado los axenxios, y gratísimos al estómago, porque despiertan el apetito y confortan la digestión. Majados con hierbabuena, levadura y vinagre rosado, y aplicados sobre el estómago en forma de emplasto, admirablemente restituyen la gana de comer de mucho tiempo perdida. Sirve a este efecto también el vino de axenxios [...].

---

<sup>34</sup> “Aunque la ortiga es una planta temida por la irritación que provoca en la piel, tiene varios efectos terapéuticos. Es muy sano comerla fresca en ensalada (una vez cortada no irrita). Puede parecer extraño, pero una friega con ortiga en una zona afectada por tendinitis, unida a una cataplasma de arcilla consistente, es un remedio ideal para el dolor muscular.” (En *La Botica de la Abuela. Los remedios y consejos tradicionales para una salud natural*. Barcelona, Keinu Producciones, 1998, p. 15). Vs. tb.: DEXTREIT, op. cit., pp. 131, 165; PODLECH, op. cit., p. 216.

Hoy se siguen recomendando como estimulante del apetito y por su eficacia contra los trastornos digestivos<sup>35</sup>.

Intencionadamente, he dejado las flores para el final, con el propósito de resaltar cómo, incluso aquellas cuya delicada fragancia y belleza ornamental serían aportaciones provechosas más que suficientes, nos brindan además la posibilidad de mejorar nuestra salud:

La expresión<sup>36</sup> de las **rosas** secas cocidas con vino es útil a los dolores de la cabeza, de los ojos, de los oídos, de las encías [...]. Las mismas hojas sin exprimir el zumo, majadas y puestas en forma de emplasto, sirven a la inflamación del diafragma [...]. Las secas pulverizadas se suelen echar sobre los escocidos muslos y mezclarse con los antidotos convenientes a las heridas y con los llamados *ántheras* (sic por ántrax) [...]. (L° I, Cap. 90)

El Doctor Laguna explica que el “ungüento *iasmino*<sup>37</sup>” descrito por Dioscórides, puesto que el **jazmín** no era conocido de los griegos, se hacía “con las flores del alhelys (sic por alhelí), llamado de los árabes *keiri* y de algunos áticos *iasme*”. El ungüento obtenido con el jazmín común, según Laguna, “conforta con su olor el cerebro, fortifica la facultad vital, adelgaza los gruesos humores y quita las manchas del rostro.” (L° I, Cap. 62)

Las **violetas** son buena muestra de la vigencia que mantienen algunas plantas como medicina natural. Además de otras propiedades, según Dioscórides,

lo purpúreo de sus flores bebido con agua es útil a la esquinancia”; por su parte, el Dr. Laguna afirma: “ablandan el pecho, adelgazan las asperezas de la garganta y administranse útilmente en el dolor de costado. Hácese un jarabe solutivo y muy excelente para las enfermedades del pecho, con la novena infusión de las moradas violetas y con azúcar fino, así como suele hacerse el rosado solutivo que llaman *ex trina infusione*; aunque aqueste también se hace, si es perfecto, de nueve infusiones [...]” (L° IV, Cap. 122).

---

<sup>35</sup> “Verter cuarto litro de agua hirviendo sobre una cucharadita de hierba y dejarlo reposar diez minutos. Tres tazas diarias, una después de cada comida.” (PODLECH, op. cit., p. 70)

<sup>36</sup> En *Diccionario de Autoridades* (1732): “Expresión. Se llama también la acción de sacar el zumo de las frutas xugosas: como el limón y otras, que apretándolas se exprimen y entre los Boticarios y Médicos también se entiende el mismo zumo o substancia así exprimida.” Y el mismo Diccionario añade una cita de Laguna- Dioscórides: “El zumo que se saca por expresión hace ventaja al liquor que de la planta voluntariamente destila”. (L° 4, cap. 70)

<sup>37</sup> *Iasmino* = violado.

Hoy en día se sigue aconsejando la utilización de las violetas como expectorante, “contra la tos, las anginas y para remediar problemas respiratorios”<sup>38</sup>.

Con relación al **lirio** real, o lirio blanco<sup>39</sup>, explica Dioscórides cómo de su flor se hace

un unguento llamado de unos lirino y de otros sufino, el cual molifica los nervios [...]. Las hojas de la yerba puestas en forma de emplasto son útiles contra las mordeduras de las serpientes; y cocidas sirven a las quemaduras del fuego. Adobadas con vinagre, valen a las heridas frescas. [...] Su raíz, asada y majada con aceite rosado, sana las quemaduras del fuego, ablanda las partes bajas de la mujer, provoca el menstruo y encora las llagas. Majada con miel, cura los nervios cortados y las desencajaduras de miembros [...]; purifica la tez del rostro y quita del todo mancha y arruga [...] (L<sup>o</sup> III, Cap. 110).

Y nos despedimos de este sucinto elenco floral, a efectos curativos, con el alhelí, que, como puede observarse, ofrece aplicaciones nada desdeñables:

Del leucoio, que es el llamado alhelys (sic por **alhelí**).- El leucoio es planta muy conocida, de la cual, por razón de las flores, hay muchas diferencias; porque una las tiene blancas, otra amarillas, otra azules y, finalmente, otra purpúreas. Entre todas, es más útil para el arte medicinal la amarilla, cuyas flores secas y cocidas sirven contra la inflamación de la madre; y provocan el menstruo, si se sientan sobre ellas [...]. Bebidas con vino dos dracmas<sup>40</sup> de su simiente, o metidas en la natura con miel, atraen el menstruo, las pares<sup>41</sup> y el parto. Sus raíces aplicadas con vinagre, en forma de emplasto, reprimen los hinchazones del bazo y sirven al dolor de la gota.” (L<sup>o</sup> III, Cap. 132)

---

<sup>38</sup> En *La Botica de la Abuela. Los remedios y consejos tradicionales para una salud natural*. Barcelona, 1998, leemos: “Para remedios medicinales se aprovecha entera. [...] La violeta es principalmente estimulante y expectorante. Actúa contra la tos, las anginas y para remediar problemas respiratorios. También calma dolores de cabeza, estados nerviosos y combate el insomnio. Asimismo, se aplica como cicatrizante de heridas” (p. 33). Y en Dieter PODLECH: *Gran Guía de la Naturaleza. Plantas medicinales* (Editorial Everest), se incorpora la siguiente fórmula para uso doméstico de la violeta, “contra bronquitis y tos: 2 cucharaditas de hierba en ¼ l. de agua fría. Poner a hervir, dejar reposar 5 minutos. Tomar 2 – 3 tazas diarias endulzadas con miel.”)

<sup>39</sup> Al lirio cárdeno Dioscórides lo llama “iris” (Vs. L<sup>o</sup> I, Cap. 1).

<sup>40</sup> En 3<sup>a</sup> acepción del DRAE: “*Farm.* Octava parte de una onza, equivalente a tres escrúpulos, o sea a 3.594 miligramos.”

<sup>41</sup> Placenta del útero.

## Marcela y su jardín idealizado.

La idealización del jardín, obviamente, no es algo privativo de sor Marcela; ni siquiera de la cultura religiosa judeo-cristiana, aunque aquí sólo se haga referencia a ésta por su relación directa con el tema que nos ocupa.

El ilustre y benemérito por tantas razones Marqués de Lozoya dejó escrito: “En un jardín cerrado nació la Humanidad, y sus árboles y sus flores presenciaron los primeros coloquios del hombre con Dios [...]”<sup>42</sup>.

Y el arquitecto-jardinero Nicolás M<sup>a</sup> Rubió y Tudurí afirma que “la primera domesticidad de los vegetales obedeció a razones “espirituales” antes que económicas, y sus métodos de cultivo fueron de naturaleza más sobrenatural que hortícola”<sup>43</sup>

Esa especie de añoranza por el paraíso perdido, unido al ideal humanista propio del Renacimiento, suscita una concepción del jardín que en cierto modo subordina la Botánica a la Religión. Valga como ejemplo el *Colloquio llamado combite religioso*, de Erasmo de Rotterdam, en el que Eusebio -personaje que representa al anfitrión- muestra a los invitados su deleitable vergel, mientras en la cocina “guisan de comer”. Uno de ellos, Timoteo, observa cómo en la puerta está pintado el Apóstol San Pedro, “pues Jesu Christo le dio officio de portero”. Una vez dentro, de nuevo advierte Timoteo:

En el altar me parece que tienes a Jesu Christo, alzados los ojos hacia el cielo, y al Padre y al Espíritu Santo, desde donde juntamente con ellos acata sobre nosotros, y para que nosotros así mesmo acatemos a Él, pintástele con la una mano alzada, señalando y convidándonos al término y descansadero de nuestra trabajosa jornada, y con la otra nos está llamando que vayamos a él como a camino por donde este descanso se ha de buscar.

Asiente el anfitrión; pero por no alargarme en la transcripción de este enjundioso diálogo, que mezcla lo descriptivo con lo alegórico-doctrinal, concluiré con el fragmento en que Eusebio sintetiza la funcionalidad de su jardín:

Este vergel todo no sirve sino para solazarnos en él y tomar honestos placeres, cuales convienen a varones christianos. Aquí se ceban los ojos con la natural hermosura de las yerbas y flores. Aquí las narices con la olorosa fragancia que todo este huerto derrama se recrean. Aquí los oídos se deleitan con la dulce armonía de las aves. Finalmente, aquí descansa y recrea el ánimo con la variedad de las cosas de que por medianería del cuerpo goza; aquí ninguna yerba mala

---

<sup>42</sup> En *Los jardines españoles*. Madrid, Editorial Cigüeña, 1951, p. 11.

nace, antes muy preciadas e olorosas, e cada cual según su natio<sup>44</sup> están repartidas por sus eras.”<sup>45</sup>

Algo en lo que no voy a detenerme, pero considero oportuno subrayar, es la importancia dada en este *Colloquio* a la fuente y a los mármoles ornamentales, muestra evidente del gusto decorativo renacentista, que aún subsiste un tanto “barroquizado” en Lope, al describir la parte real de su jardín retórico.

El propio Doctor Laguna sigue la moda “heredada del saber antiguo y gusta de comparar los seres naturales con el hombre, con ello surgen los calificativos de ‘cordura’ para los cedros, ‘prudencia’ para el moral, “ambición” para la hiedra [...]”<sup>46</sup>

Lope de Vega cantó a las flores en composiciones de todo tipo. Llama por tanto la atención que, al poetizar su jardín en la *Epístola* al Licenciado Francisco de Rioja, ofrezca un mero juego retórico carente del lirismo que cabría esperar. Describe engañosamente los mármoles que lo enriquecen, en tanto alude al mundo clásico -no escatimando citas mitológicas- para presentar una abundosa galería de personajes de su tiempo. Muestra, sin embargo gran parquedad al describir la vegetación<sup>47</sup>, principal elemento ornamental que corresponde a tal recinto, dedicándole un escasísimo número de versos, cuando la composición comprende 520 en total:

Oye de mi jardín la artificiosa  
máquina donde vivo retirado,  
si no virtuosa vida, nunca ociosa.  
Yace en el centro de un ameno prado,  
como virtud de extremos tan viciosos,  
un cuadro hibleo a Flora dedicado.  
Sirven de cerca pámpanos hojosos,  
de mil hermosas intrincadas parras,  
a quien abrazan álamos esposos.  
Rúbricas verdes las primeras arras

---

<sup>43</sup> En: *Del Paraíso al jardín latino*. Barcelona, Tusquets Editores, 1981, p. 35.

<sup>44</sup> En *Diccionario de Autoridades*: “Natio = Lo mismo que nacimiento. Úsase en algunos parajes, hablando de las plantas y semillas.”

<sup>45</sup> ERASMO DE ROTTERDAM: *Coloquios familiares*; edic. de Alonso RUIZ DE VIRUÉS (siglo XVI). Edición actualizada, estudio introductorio y notas de Andrea HERRÁN y Modesto SANTOS. Rubí (Barcelona), Anthropos Ed., 2005, pp. 92-95.

<sup>46</sup> Rafael ALVARADO BALLESTER: “Dioscórides y su obra como naturalista”. (En la edición citada de 1991, vol. I (Estudios), p. 73.

<sup>47</sup> Cita repetidamente el laurel por su carácter simbólico de triunfo y eternidad; pero, además, se sabe que era uno de sus árboles favoritos.

rinden a los decrepitos sarmientos,  
que suben a ceñir pardas pizarras.  
[...]

Sigue la pomposa relación indicada anteriormente, que él mismo justifica en los siguientes términos:

Pues todo cuanto he dicho es fabuloso,  
menos las alabanzas y retratos  
de quien he sido historiador famoso.  
Que sin mirar si algunos son ingratos,  
los adorné de elogios y epigramas,  
llamándolos Horacios y Torcuatos.<sup>48</sup>  
Todos los ciñen victoriosas ramas,  
Que todo lo demás fábula ha sido,  
[...]

El reconocimiento expreso de cómo es en realidad su modesto jardín lo ofrece al final, a modo de colofón:

que mi jardín, más breve que cometa,  
tiene solos dos árboles, diez flores,  
dos parras, un naranjo, una mosqueta.  
Aquí son dos muchachos ruseñores<sup>49</sup>,  
y dos calderos de agua forman fuente,  
por dos piedras o conchas de colores.  
[...]<sup>50</sup>

Veamos ahora la carga significativa que tuvo para la hija del Fénix el jardín de su convento:

Para Marcela de San Félix, el jardín conventual es como un libro de contemplación y oración<sup>51</sup>. Casi podríamos compararla a Francisco de Asís, en cuanto

---

<sup>48</sup> Dice en otro lugar de la misma epístola: “Siempre tuve de honrar dulces intentos, / siempre tuve por necia valentía / quitar, y no poner, merecimientos. / La envidia nunca fue sabiduría. / Reprehender al que más quien sabe menos / es vanidad enjerta en bobería”.

<sup>49</sup> “Recuerdo tanto de Carlos Félix, segundo hijo de Juana Guardo, que nació en Toledo en 1606, como de Lope Félix, de Micaela Luján, nacido en febrero de 1607, a quien llamaron familiarmente Lope *el mozo*”. (Juan Manuel GONZÁLEZ MARTEL: *Casa Museo Lope de Vega*. Madrid, 1993, p. 149).

<sup>50</sup> En *La Filomena* (1612), “Epístola VIII: El jardín de Lope de Vega”. (B.A.E., 38, pp. 422-425)

<sup>51</sup> Georgina definió el romance que nos ocupa como “meditación alegórica sobre el jardín conventual” (*Literatura conventual ...* (Cfr. Supra N. 4), Introducción, p. 71). El comentario que hace sobre el mismo constituye una reflexión evidente de su manera de profundizar en el meollo, o espíritu, de la literatura. De



éste “ama y alaba a la naturaleza sólo en virtud de la alabanza del Creador, sólo en cuanto implica significado de Dios”, es decir, “espiritualiza la naturaleza”<sup>52</sup>.

En la descripción poética que ofrece, vemos cómo las plantas le sugieren el retrato alegórico de su Esposo Jesucristo. Pero a la vez, éste, “Libro de vida”, la mueve al auto-análisis de sí misma. Y lo cuenta y lo canta impelida por ese fenómeno común a místicos y poetas, incapaces de retener las percepciones de amor y belleza. Ante su jardín conventual, el numen de Marcela traduce en metáforas y símbolos emblemáticos el cúmulo de vivencias espirituales que le connotan los árboles, hierbas y flores. Porque Marcela, poeta al servicio de Dios e hija de uno de nuestros más grandes poetas, tampoco puede resistirse al imperativo de la transmisión lírica.

Por razones de extensión y complementariedad con el comentario de Georgina, voy a limitarme al

### **Retrato de Cristo.**

En una carta dirigida a Tiberio por Publio Léntulo, Presidente de Judea<sup>53</sup>, se hace la siguiente descripción de Jesucristo: “De aventajada y no excesiva estatura y de rostro venerable; su agraciada cara no tenía arrugas; la frente, llana; la nariz y la boca, excelentemente perfectas; los ojos, azules claros; la barba, pequeña y poblada, partida en medio; el resto de la cara, sin vello; sus relucientes cabellos eran de color avellana, no madura, lisos hasta las orejas y desde éstas rizados sin exageración; a partir de los hombros, según costumbre de los nazarenos, largos y divididos en medio de la cabeza; la conformación del cuerpo era simétrica; los brazos y las manos, muy bonitos; su afabilidad le acreditaba de exquisito tacto; tenía, en fin, aspecto sencillo y expresión grave”<sup>54</sup>. Estos rasgos, aceptados casi de manera unánime desde hace siglos, los vemos representados ampliamente dentro de las bellas artes. Coinciden, por otra parte, con la imagen plasmada en el paño de la Verónica, que se dice enjuagó el rostro de Cristo camino del calvario; y el sudario que envolvió su cuerpo muerto, objeto de estudio por la NASA.

---

ahí que me ha parecido de especial interés incorporar dicho texto a los apéndices, como homenaje a ella; pero también como muestra de la compleción de su magisterio.

<sup>52</sup> Vid. *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, dirigido por Stefano de FIORES y Tullo GOFFI, adapt. Augusto Guerra. 5ª ed. Madrid, San Pablo, 2000, p. 502.

<sup>53</sup> Al parecer, fue localizada en el Archivo del Duque de Cesadini, en Roma. No he podido constatar fehacientemente esta información.

<sup>54</sup> Luis MIRANDA PODADERA: *Ortografía práctica de la Lengua Española*, 4ª ed.. Madrid, Imp. Samarán y Cª, 1927, p. 102. (Reproduzco este texto, porque, siendo igual el contenido a otras localizaciones, me ha parecido el más correcto gramaticalmente)

Teresa de Jesús no parece haber dado credibilidad a las representaciones plásticas y descripciones que hasta ella llegaron. En cuanto a sus visiones, en ninguna vislumbró siquiera la fisonomía del Esposo amado, que, eso sí, consideraba de extrema belleza. De ahí, las manifestaciones del tenor siguiente: “quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen” (*Libro de la Vida*, 22. 4); “porque ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo y ordenando con la imaginación su gran hermosura? (Ibídem, 29. 1)

Poetas como Luisa de Carvajal (1566-1614) y Cecilia del Nacimiento (1570-1646), no sólo coinciden con los rasgos de la descripción precedente, sino que añaden otros complementarios, en algunos de los cuales muestran una gran similitud entre sí, como podemos comprobar en las composiciones reproducidas fragmentariamente a continuación:

#### **Luisa de Carvajal**

Con verdad te afirmaré,  
amada zagala mía,  
que en un venturoso día  
a la belleza encontré.  
La cual yo consideraba  
en mi agraciado Pastor  
y dióseme por Señor,  
y yo quedé por su esclava.

[...]

Con sus **claros ojos bellos**  
me hizo su prisionera,  
porque divinidad era  
lo que se encerraba en ellos.  
Que entre su **garzo color**  
aquellas luces divinas  
a las piedras diamantinas  
quitaban el resplandor.  
Pues sus castaños **cabellos**,  
que deben ser adorados  
más que aquese sol dorado,  
pues su luz recibe dellos.

Y aquel **color** soberano  
cual primavera florida;  
y la **frente** esclarecida,  
que excede a todo lo humano,  
[...]  
Y la **nariz** afilada  
de notable perfección,  
tras sí llevó mi afición  
con fuerza no imaginada.  
Su **boca y labios**, pastora,  
mis pesares me quitaron,  
y en su lugar me dejaron  
la gloria que en ellos mora.  
Los **dientes** se parecieron  
entre el rojo carmesí,  
para darme vida a mí  
y vida cual me la dieron.  
¿Quién jamás hubo mirado  
sus **manos** como la nieve  
que por ellas no se niegue  
a todo lo que hay criado?  
En las cuales matizaban  
las rubicundas heridas,  
y entre lo blanco esculpidas  
su lindeza acrecentaban.  
Y aquellos **pies** respetados  
de la angélica grandeza,  
que en menor naturaleza  
sobre ella son levantados.  
[...]<sup>55</sup>

También la carmelita **Cecilia del Nacimiento** sitúa su descripción dentro del bucolismo que sugiere la imagen evangélica del buen Pastor:

---

<sup>55</sup> En Isabel BARBEITO: *Mujeres y Literatura del Siglo de Oro*. Madrid, Safekat, 2007, pp. 148-150.

[...]  
Blanca y esparcida **frente**,  
hendida y roja la **barba**,  
**labios** que el coral afrentan,  
**dientes** que el marfil agravian;  
**ojos** blandos y amorosos,  
que con solo mirar basta  
para matar y dar vida,  
que a un tiempo dan vida y matan;  
crespo el **pelo** hasta los hombros,  
esparcido en las espaldas,  
de quien envidioso el oro  
su perfecto color saca.  
**Manos** blancas y amorosas,  
tan liberales y francas  
que por dar se da a sí mismo.  
[...]<sup>56</sup>

A continuación, veremos cómo **Marcela de San Félix** se aleja de las dos anteriores poetas, al contemplar la presencia de su Amado en las flores, según le apostrofa tiernamente:

[...] las guardadas **rosas**<sup>57</sup>  
a quien espinas cercan,  
de tus **hermosas llagas**  
la memoria refrescan.  
Los vistosos **jazmines**  
en su candor ostentan  
lo lindo de tus **manos**  
y **liberal franqueza**,  
[...]  
Acuérdame tu **olor**  
la fragante **mosqueta**<sup>58</sup>,

---

<sup>56</sup> En ibídem, p. 349.

tan noble entre las flores  
y tan linda en sí mesma.  
El **clavel** estimado  
tu **sangre** representa,  
[...]  
De tus hermosos **labios**,  
del **coral** dulce afrenta,  
su cárdeno color  
me muestran las **violetas**<sup>59</sup>.  
Majestuosa siempre,  
la cándida **azucena**  
tu bellísimo **cuello**  
venturosa semeja.  
La fecunda **retama**,  
tan rubia como bella<sup>60</sup>,  
de tus **cabellos de oro**  
me da memorias tiernas.  
[...]  
Las **rojas clavellinas**  
**y manutisas** bellas,  
de mirar tu **color**  
parece que se precian;  
pero el **bizarro lirio**,  
con gravedad modesta,  
porque **a él te comparan**<sup>61</sup>,

---

<sup>57</sup> Lope alude a las rosas de manera muy semejante en dos sonetos: “Hermosas plantas fértiles de rosas” y “Plantas sin fruto, fértiles de rosas”. (Vs. *Primera parte de las Flores de Poetas ilvstres de España ...* Valladolid, Luys Sánchez, 1605, ff. 26 v. –27 r.)

<sup>58</sup> En Cobarruvias: “Mosqueta = Especie de zarza cultivada, cuyas flores dan suavísimo olor, de *musco*, y por eso se llama mosqueta”. Como hemos leído, Lope de Vega tenía una en su jardín.

<sup>59</sup> Con relación a la tonalidad de las violetas, comenta el Dr. Laguna cómo muestran a veces “el color rojo oscuro, cual se ve en la sangre cuajada [...]” (Diosc.-Lag., L° IV, Cap. 122).

<sup>60</sup> Dioscórides dice con referencia a esta planta, que denomina *spartio*: “Su flor es amarilla, y como aquella del alhelys.” (L° III, Cap 159)

<sup>61</sup> Corrobora esta comparación Mariana Francisca de los Ángeles, Fundadora de las Carmelitas descalzas de Santa Teresa, en un memorial autobiográfico donde alude al “lirio hermoso Jesucristo”, “lirio soberano Jesucristo nuestro Salvador”, y evoca la siguiente visión: “Vi un lirio hermosísimo, como a una vara distante de mí; fui a cogerle y, cuando iba a echar la mano, vi un niño como de quince a dieciséis años, al modo que pintan a nuestro Salvador. Yo me turbé y díjome: “Mira, ¿no soy yo buena flor del

más ufano campea.

[...]

La suma de rasgos poetizados que aportan las tres anteriores poetas permite reconstruir el siguiente retrato:

- **Frente** noble, blanca y despejada.
- **Ojos** bellos, azul claro, que Cecilia del Nacimiento define como “blandos y amorosos”.
- **Nariz** afilada.
- **Dientes** marfileños, realizados por
- **Labios** rojos, comparables al coral, en Cristo vivo. Las violetas connotan los labios del Cristo sacrificado, igualmente bellos.
- **Cabellos** dorados y rizosos, largos hasta los hombros y esparcidos por la espalda.
- **Barba** hendida (bipartita).
- **Cuello** que evoca a la azucena.
- **Manos** blancas, francas y liberales, que aún embellecen más las “rubicundas heridas” de su cruento martirio. Marcela contempla esas “hermosas llagas” en las rosas cercadas de espinas.
- **Pies** “respetados de la angélica grandeza”.

Por último, veamos qué valoraciones de conjunto ofrecen las tres retratistas líricas:

- En suma: “en talle y disposición, / entre cuantos hombres son / no se vio tal hermosura” (Luisa de Carvajal).
- El carmín y nácar, corales, armiño y nieve con su hermosura no igualan” (Cecilia del Nacimiento).
- Y aunque se le compara al lirio, todos “los árboles y plantas, las flores y las hierbas publican su hermosura y dicen su grandeza.” (Marcela de San Félix)

**Y doy paso a los Apéndices que promovieron mi modesto trabajo: el Romance al jardín de Marcela y el comentario sobre el mismo de Georgina**

---

campo y lirio hermoso de los valles?”; (En *[Vida de la Ven. M. Mariana Francisca de los Ángeles, escrita por ella misma]*, Hológrafa. [Ocaña], 1677, ff. 16v-17.- Madrid, Archivo de las Carmelitas descalzas de Sta. Teresa).

**Sabat-Rivers, que quizás ya se deleita a intervalos con Marcela en el Jardín del Paraiso.**<sup>62</sup>

## APÉNDICES

### A) Romance al jardín del Convento.

En estas verdes hojas  
que aquesta fuente riega  
con agua de mis ojos,  
que suya no la lleva,  
contemplo, Amado mío,  
tu grande providencia,  
tu beldad soberana  
y tu hermosura inmensa.  
También, por el contrario,  
conozco mi vileza,  
mi imperfección sin par,  
mi descuido y tibieza,  
pues las hojas y flores,  
que crecen tan apriesa,  
con sus calladas voces  
significan mis menguas,  
y, siempre que las miro,  
parece que me enseñan  
que yo sola en el mundo  
soy la que nunca medra.  
Miro del cinamomo  
aquella copia inmensa  
de su olorosa flor

---

<sup>62</sup> Apoyan mi hipótesis las siguientes frases entresacadas de uno de los últimos correos de su marido, respecto al estado de beatitud que refleja, a intervalos de sueño y vigilia:

“[...] Tiene la misma hermosa cara de siempre, [...] reconoce con sonrisas [...]. Cuando no tiene sueño, está más alerta que nunca. [...] Todo el mundo la quiere y la cuida bien.”

que tanto nos deleita;  
parece que, a porfía,  
su multitud afecta  
llevarse de las flores  
la palma de belleza.  
En las guardadas rosas<sup>63</sup>  
a quien espinas cercan,  
de tus hermosas llagas  
la memoria refrescan.  
Los vistosos jazmines  
en su candor ostentan  
lo lindo de tus manos  
y liberal franqueza,  
porque, sin aguardar  
que los cojan por fuerza,  
ellos se dan al suelo  
sin hacer resistencia.  
Acuérdame tu olor  
la fragante mosqueta,  
tan noble entre las flores  
y tan linda en sí misma.  
El clavel estimado  
tu sangre representa,  
y por esto merece  
le traten con decencia.  
De tus hermosos labios,  
del coral dulce afrenta,  
su cárdeno color  
me muestran las violetas.  
Majestuosa siempre,  
la cándida azucena

---

<sup>63</sup> Un seguimiento hecho a las preferencias florales de Lope para su jardín, señalan como predilectas: rosas, lirios, manutisas, violetas, claveles, azucenas, mosquetas, retamas, jazmines. (Cfr. González Martel (1993), p. 160).



tu bellissimo cuello  
venturosa semeja.  
La fecunda retama,  
tan rubia como bella,  
de tus cabellos de oro  
me da memorias tiernas.  
Muestra, por abrazar,  
la siempre verde hiedra,  
a que busque tu unión;  
provoca mi tibieza,  
procurando ascender;  
si presumida trepa,  
humilde se aprisiona  
que de amante se precia<sup>64</sup>.  
Misericordia y paz<sup>65</sup>  
este olivo me enseña  
que siempre las procure  
por costosas que sean.  
Las rojas clavellinas  
y manutisas bellas,  
de mirar tu color  
parece que se precian,  
pero el bizarro lirio,  
con gravedad modesta,  
porque a él te comparas,  
más ufano campea.  
Suave el albahaca,  
Símbolo de pureza,  
Su verdor apacible  
Nuestra esperanza alienta.

---

<sup>64</sup> “Al ser una planta trepadora que crece “abrazándose” a los troncos de los árboles, la hiedra ha inspirado referencias al amor y a la amistad, convirtiéndose en símbolo de fidelidad o afecto perpetuo.” (En *La naturaleza y sus símbolos. Plantas, flores y animales*. 2ª ed. Barcelona, Electa, 2005 (Los Diccionarios del Arte), p. 50)

<sup>65</sup> “Cultiva la pingüe aceituna, grata a la paz”. (VIRGILIO. *Geórgicas*, Lº II, vv. 420-424)

Clavelones, adorno  
de las últimas fiestas,  
enseña que la muerte,  
como terrible, es cierta.  
Recuerdo de humildad  
es la hierba doncella;  
aunque vistosa y grave,  
no sale de la tierra.  
Los amargos ajenjos  
Me enseñan a que tenga  
mortificado el gusto  
y el apetito venza.  
El robusto alhelí,  
que el invierno no seca,  
me fuerza a que haga rostro  
a toda la aspereza  
El funesto ciprés,  
aunque árbol de tristeza,  
provoca a devoción  
y soledad enseña<sup>66</sup>;  
y la del nombre dulce,  
felicísima yerba  
que de Santa María  
nos acuerda y recrea.  
Las ásperas ortigas,  
Intratables y fieras,  
En igualar mi agrado  
Presumen competencia.  
Entre todas las flores  
puede la gigantea<sup>67</sup>

---

<sup>66</sup> “[...] Significa el ciprés el hombre espiritual y contemplativo, que va enderezando todas sus acciones al cielo. [...]” (Vid. COBARRUVIAS)

<sup>67</sup> La gigantea equivale al girasol; lo que cabe dudar es si los girasoles que lucían en el jardín de las Trinitarias eran los que se asemejan a margaritas gigantes utilizados aún más para extraer su aceite que por su belleza ornamental. No obstante, aunque se tratara de los heliotropos presentados en *DIOSCÓRIDES*

pretender, por amante,  
que alaben sus finezas;  
el sol, enamorada,  
siempre mirarle intenta  
y, por vueltas que da,  
de seguirle no cesa.  
¡Oh, cómo reprehende  
el descuido y tibieza  
con que busco, Dios mío,  
a tu amable presencia!  
Los árboles copados  
alegres manifiestan  
los sazonados frutos  
que el justo te presenta.  
Las abundantes parras  
alegres manifiestan  
que a tu sangre real  
accidentes le prestan.  
Mis años mal gastados  
me acuerda aquesta higuera,  
pues ha crecido tanto  
y yo estoy tan pequeña,  
y habiéndonos plantado  
en esta santa tierra  
casi en un tiempo mismo,  
mil ventajas me lleva.  
El riguroso invierno,

---

(“heliotropios” mayor y menor, en L<sup>o</sup> IV, Caps. 192 y 193), cuyo aspecto difiere totalmente, a efectos simbólicos ofrecen el mismo significado, como evidencia la siguiente ‘Anotación’ del Dr. Laguna: “Admirable y digna de ser imitada es la natura del heliotropio, que conociendo los asiduos beneficios que recibe del sol, y que su ser y acrecentamiento no le tiene de otro, se va olvidando de sí mismo tras él, declarando con sus tallos, con sus hojas y con sus flores, una inclinación no vulgar y un intensísimo amor, lleno de notable agradecimiento [...]”.- “Gracias a que siempre se orienta en dirección al sol, el girasol adquirió el significado de devoción [...]” (En *La naturaleza y sus símbolos ...*, 2005 (Cfr. supra N. 64), p. 106).- En el *Diccionario de los diversos nombres vulgares de muchas plantas [...]*, de Miguel Colmeiro (1871) se cita: “Gigantea, Helianthus agnus L. (Compuestas). Jara. Industr” y “Girasol. V. Gigantea” (p. 89).

con su mucha aspereza,  
os quita los vestidos  
y deja en gran pobreza;  
tolerando rigores  
y sufriendo inclemencias,  
me enseñáis, apacibles,  
a que tenga paciencia.  
Con süave agasajo,  
la alegre primavera  
siempre os sirve gustosa  
de madre y camarera;  
de la Resurrección  
parece nos da nuevas  
cuando, sin menoscabo,  
nos tornen nuestra tierra.  
Los árboles y plantas,  
las flores y las hierbas  
publican tu hermosura  
y dicen tu grandeza.  
Todas, Señor, me animan,  
me enseñan y me fuerzan  
a que te sirva y ame,  
te alabe y engrandezca.

## **B) Comentario de Georgina Sabat-Rivers:**

### **Otro [romance] al jardín del convento.**

El romance que tratamos ahora apunta hacia el jardín de las trinitarias del convento de san Ildefonso. Es un sitio hermoso en el corazón de Madrid que les sigue dando a las monjas la oportunidad de gozar de la soledad amada de sor Marcela y, al mismo tiempo, admirar la belleza natural circundante. Tenía ya entonces el jardín una fuente central. La preocupación por la exactitud lleva a la monja a especificar que es una fuente que, por algún motivo que deja en silencio, no tiene agua:

En estas verdes hojas

que aquesta fuente riega  
con agua de mis ojos,  
que suya no la lleva . . . .

Reconoce los dos polos de presunción y humildad entre los cuales se ha movido el péndulo de su temperamento y repite la autocaracterización con la cual divide en dos el poema. No tarda Marcela en pasar de la realidad concreta al plano simbólico. En esta composición, de vago tono panteísta, la poeta toma antecedentes artísticos y literarios de la Edad Media al ver en las cualidades de las flores y hierbas medicinales, una representación de Cristo crucificado; se diría que entronca con una tradición de un herbolario a lo divino. El catálogo de plantas que en él nos da tiene su interés histórico en cuanto que nos informa de los nombres de los árboles, plantas, flores y hierbas que acostumbraban a cultivarse en un recinto cerrado, el “hortus conclusus” de un convento particular del siglo XVII.

Sor Marcela ve a la naturaleza como creación y como espejo de la providencia y hermosura de la divinidad. El jardín es parte de ese gran todo, de ese macrocosmos que significa la creación que Dios ha puesto al servicio y disfrute del ser humano.

En “la prosa del mundo” (M. Foucault, *Las palabras y las cosas*) que se nos presenta en este poema, cada flor tiene un sentido muy claro; las hojas, las flores, son como letras, como “calladas voces”, que lee la monja en el libro escrito por Dios.

Efectivamente, la naturaleza es para Marcela un libro lleno de resonancias y de símbolos donde puede incluso asomarse al misterio de la Trinidad. Así la creación pertenece al Padre pero en las representaciones de los árboles, plantas y flores se pueden descubrir cualidades de color que ella identifica con la pasión del Hijo, figura central en su poema, y otras, como el olor, la llevan hacia cualidades espirituales inefables como la paz y la esperanza que se pueden asociar con el Espíritu Santo sin que sea posible separar estas cualidades (que vienen de las sensaciones recibidas) unas de otras, tal y como sucede con el misterio de la Trinidad en el que participan tres personas distintas en un solo Dios indiviso.

Entre las sensaciones que, al contemplar la naturaleza, le entran a sor Marcela por los ojos y quizá también por los oídos, el color puede llevar a asociaciones de carácter material o espiritual: las rosas rojas, le traen el recuerdo de las llagas de Cristo; los jazmines la llevan a pensar en la generosidad y franqueza que se desprende de sus manos:

Porque, sin aguardar

Que los cojan por fuerza,  
Ellos se dan al suelo  
Sin hacer resistencia. (vv. 37-40)

Es decir, en la forma en que crecen y mueren las plantas, descubre Sor Marcela cualidades de tipo moral. Y así sucesivamente: al clavel rojo lo identifica con la sangre derramada por Jesús y a sus labios, aunque siguiendo la tradición renacentista los llama “del coral dulce afrenta”, los imagina también cárdenos del color de las violetas como los del Crucificado. Lo enhiesto y blanco de la “cándida azucena” le recuerda el cuello de Jesús, así como el color de la retama sus “cabellos de oro”. La cualidad de “abrazar” y de “subir” que tiene la hiedra le hace reflexionar sobre la búsqueda de la unión con Cristo; el olivo le trae pensamientos de misericordia y paz; la albahaca, seguramente recordando las características de “limpieza” que se le atribuían, de pureza y esperanza; las parras le recuerdan que su producto, el vino, es un “accidente” que se convierte, después de dichas por el sacerdote las palabras de la consagración, en la sangre de Cristo; y en fin, el ciprés aunque es para todos símbolo de tristeza, a ella le “provoca” devoción y deseos de su muy amada soledad. Al personificar y abstraer, hace una interpretación teleológica al servicio de la fe.

No podía sor Marcela, en cuya obra son aparentes los rasgos femeninos de la preocupación por la mujer, olvidarse de la Virgen al contemplar la hierba cuyo nombre es de “santa maría” así como de incluir, típicamente, un rasgo personal al comparar su carácter con lo tosco de las ortigas según hace en sus auto-caracterizaciones.

En esta contemplación amorosa y detallada que hacía la monja de la naturaleza circundante, no sólo descubría aspectos de su vida como esposa de Cristo –la fidelidad, la productividad, el crecimiento en Dios- sino que ésta, la naturaleza, le servía de gran maestra para mostrarle entre otras cosas: “... que la muerte, / como terrible, es cierta” (vv. 87-88); y que, por tanto, había de prepararse para el más allá. Todo esto cuando contempla los clavelones que, muchos días después de las “últimas fiestas” y a pesar de su gran duración, se deshojan en los jarrones. La naturaleza es también maestra en la virtud: la “hierba doncella” que permanece junto a la tierra le enseña humildad; los ajenjos, por su amargura, la mortificación; el alhelí “que el invierno no seca” le sirve para aprender de su fortaleza ante las asperezas de la vida; la “gigantea”, el girasol actual, le sugiere que aplique la constancia que muestra en su seguimiento al sol a la búsqueda de la “amable presencia” de Dios; la pérdida de “los vestidos” que han sufrido los árboles y las plantas con la llegada del invierno le ha enseñado “a que tenga

paciencia”. El verdor de las hojas y, sobre todo, una higuera que plantaron al tiempo de su entrada en el convento, es una llamada para comprobar, en comparación, lo poco que ha aprovechado –espiritualmente, se entiende- los años transcurridos: “Mis años mal gastados / [...]”, etc.

Nos preguntamos si en esta composición, sor Marcela recordaría el romance de Lope que comienza: “Hortelano era Belardo” donde se sigue una técnica semejante. Pero el tono es muy diferente; éste utiliza las hierbas y las flores para aplicarlas a personas muy humanas buscando analogías negativas (“para melindrosas cardos / y ortigas para las viejas “ ... “mastuerzo para las frías / y ajenjos para las feas”); Marcela no sólo las eleva al compararlas a Cristo, sino que les da un carácter trascendental.

Obviamente, este poema fue escrito pensando en las varias estaciones del año, pero de hecho, probablemente, al final del invierno cuando ya la Resurrección estaba cerca y la primavera comenzaba a mostrar sus signos en el jardín conventual. Junto con la naturaleza y la Resurrección, sor Marcela extiende su esperanza hacia árboles, plantas y flores de tierras lejanas: las de Jerusalén donde se halla el sepulcro de Jesús, y empieza, ella también, a renacer de nuevo.<sup>68</sup>



---

<sup>68</sup> En *Literatura conventual* ... (Cfr. supra N. 4), pp. 83-86.



Retrato al óleo de la trinitaria del siglo XVII, sin identificar, que bien pudiera ser Marcela de San Félix.<sup>69</sup>

---

<sup>69</sup> Presentación (1ª página).- En el ángulo superior derecho, Georgina Sabat de Rivers; las demás fotografías corresponden al Monasterio de las Trinitarias de San Ildefonso, vulgo “Lope de Vega”: Comunidad, fachada del Convento y jardín, a finales del siglo XX.



